

Negar la desesperación



PRESIONADO POR LA fama de su ejemplaridad moral, Ernesto Sabato ha renunciado a su silencio creativo para ofrecer con *Antes del fin* lo que él denomina un testamento espiritual, tras años de esporádicas publicaciones normalmente de poco alcance (probablemente tendríamos que remontarnos a *Apologías y rechazos*, recopilación de artículos publicada en 1979, para encontrar su última obra importante). En realidad, no se trata de una renuncia a la obsesiva coherencia que le ha llevado a publicar sólo tres novelas; más bien estamos ante la última etapa de la preocupación moral de un escritor que siempre ha tenido dificultades para definir su compromiso social al margen de cualquier previsible opción política (como, por ejemplo, el comunismo). *Antes del fin* es, ante todo, producto del prestigio del escritor, de su cotización moral, especialmente comprobable en su país natal; y constituye también un legado sintético a través del cual Sabato quiere identificarse como referencia ideológica y cívica (a pesar de que siempre presuma de sus contradicciones y de sus debilidades teóricas) y asumir un rol de tutor anciano de la cultura argentina, tal vez en un intento final de rivalizar con la hegemonía del mismo Borges.

La obra es, por tanto, más que un testamento: es un sermón, con las flaquezas estéticas que este género conlleva, y aún más, es el relato de una seguridad, de una firmeza, si se quiere de una vanidad; la de un escritor que enseña una imagen de sí mismo pacífica, sabia y consecuente: "el escritor debe ser un testigo insobornable de su tiempo, con coraje para decir la verdad, y levantarse contra todo oficialismo que, engeguado por sus intereses, pierde de vista la sacralidad de la persona humana. Debe prepararse para asumir lo que la etimología de la palabra testigo le advierte: para el martirologio" (p. 63). En este balance de su trayectoria vital, Sabato ha decidido sumar muchos más motivos de orgullo que indicios de autocrítica. El epílogo moral se sustenta en una imagen armonizada del yo; página tras página, encontramos la lucidez que se le ha elogiado a Sabato en muchas ocasiones a lo largo de los últimos años y que en esta obra aparece en una versión complaciente, esquemática y a menudo superficial.

El resultado es un texto que, con razón, parecerá ligero e incluso fácil a los que estén acostumbrados a la densidad inquietante de sus novelas. *Antes del fin* no aporta nada nuevo sobre el pensamiento sabatiano, ni tampoco sobre su biografía ni sobre su trayectoria artística; en cambio, vale como introducción a una psicología tan curiosa como es la del escritor argentino. Y es que no se puede negar el éxito del personaje Sabato: cuatro ediciones en los primeros cuatro meses de ventas confirman que, en la intemperie ideológica de nuestro tiempo, el mensaje humanista y engañosamente agnóstico (puesto que, a pesar de todo, cree en los "modestísimos mensajes que la Divinidad nos da de su existencia", p. 12) funciona para una buena cantidad de lectores interesados en una respuesta simplificada a la complejidad contemporánea.

Esta última obra reafirma asimismo el desinterés del autor por adaptarse a las reglas estrictas de un único género. Del mismo modo que flexibilizó la estructura del ensayo y de la novela en sus obras anteriores (piénsese en *Abaddón el exterminador*), en *Antes del fin* ha combinado memorialismo y ensayo en un texto no excesivamente unitario. Además, Sabato alterna la evocación del pasado con el presente de la escritura, acercándose a la fórmula diarística. Así, concreta cómo y en qué circunstancias está pensando o escribiendo su obra: después de los ratos dedicados a la pintura (a la que se ha dedicado desde que los médicos le alertaron sobre sus problemas de vista), después de despertar sobresaltado de una pesadilla, o cuando hay que soportar los momentos de decaimiento: "en la irremediable soledad de este amanecer escucho a Brahms y siempre, por sus melancólicas trompas vuelvo a vislumbrar, tenue pero seguramente, los umbrales del Absoluto" (p. 47).

La primera parte de la obra, titulada "Primeros tiempos y grandes decisiones", es un recorrido autobiográfico en el que Sabato repite la narración de los hechos más conocidos de su vida: su entorno familiar, sus años de militancia política, su contacto con el movimiento surrealista, su experiencia como físico, la amistad con figuras tan importantes como Pedro Henríquez Ureña, Victoria Ocampo o José Bianco. Muchos de estos acontecimientos ya habían sido extensamente comentados por el mismo Sabato e incluso

habían sido traspasados a la ficción en *Abaddón el exterminador*, por lo que las memorias, al margen de algunos datos concretos, ofrecen muy pocas novedades. Son bastantes los temas sobre los que, sin duda, Sabato podría haber realizado una explicación mucho más amplia y satisfactoria. La figura de Borges, por ejemplo, es tratada con demasiada rapidez, sobre todo si tenemos en cuenta la complejidad de la relación entre ambos escritores. El tardío encuentro de Sabato con Cioran es otro capítulo que ofrecía grandes posibilidades reflexivas que el autor ha preferido descartar. Igualmente, las memorias se hubieran enriquecido bastante si Sabato hubiera aportado un relato más completo de sus actividades de los años de militancia comunista y anarquista, sobre los cuales las informaciones de que disponemos son muy escasas.

Si en este último caso el tiempo transcurrido puede justificar la desmemoria de Sabato, no ocurre lo mismo con el periodo en el que el escritor presidió la Comisión Nacional para la Desaparición de Personas (CONADEP), que investigó los crímenes de las dictaduras en Argentina. Un episodio tan importante como éste aparece también reducido y simplificado, sin que el escritor aporte ninguna nueva información sobre su criticada pasividad durante el periodo dictatorial o sobre los riesgos que asumió después de esos años de abominable represión. Hay que decir que Sabato ha eludido conscientemente muchos puntos difíciles y polémicos de su aventura vital: lo que nos ha regalado, en esencia, es la misma versión de siempre. Ha repetido la lista de los nombres decisivos de su formación intelectual (Dostoievski, Camus, Berdiaev, Mounier) y ha insistido, como tantas otras veces, en la importancia de la doble ruptura con el marxismo y la ciencia como peaje para acceder a los valores éticos de signo cristiano. La sección memorialística de la obra, en definitiva, tiene una muy limitada incidencia sobre el conocimiento que ya teníamos del autor y de su biografía.

En el segundo capítulo, "Quizá sea el fin", Sabato desarrolla en un tono ensayístico una reflexión sobre la situación sociopolítica a nivel mundial. Nuevamente el escritor reproduce sus teorías acerca de la quiebra de la civilización y la posible destrucción de la vida humana por la deshumanización tecnológica y el culto fetichista a

la razón y al dinero. Las tesis obviamente son las mismas que expuso hace varias décadas en *Hombres y engranajes*, como afirma el autor con evidente orgullo de visionario, y también son las mismas en las que se basaba la alerta apocalíptica de *Abaddón el exterminador*. Sabato intenta transmitir un mensaje solidario y analiza con mirada ética algunos signos de ese colapso de la civilización: la situación de la infancia, el riesgo de desastre ecológico, la marginación social. En este punto, *Antes del fin* ofrece también el indudable interés de situar a Sabato en el panorama ideológico de nuestro tiempo, con lo cual podemos comprobar la vigencia de sus conceptos y preocupaciones habituales después de cambios fundamentales, como la transformación de la Europa del Este y el fin del socialismo real. Lo más notorio tal vez sea la crítica de Sabato al neoliberalismo y a la sociedad del hiperdesarrollo y del consumo, pero no encontraremos ninguna alternativa concreta que profundice más allá de la inicial indignación: “el absolutismo económico se ha erigido en poder. Déspota invisible, controla con sus órdenes la dictadura del hambre, la que ya no respeta ideologías ni banderas, y acaba por igual con hombres y mujeres, con los proyectos de los jóvenes y el descanso de nuestros ancianos” (p. 106). Por lo demás, Sabato persevera en su visión negativa de la modernidad y muestra lo caduco de un discurso apocalíptico en el que no ha incorporado novedades históricas ni intelectuales. Un discurso, de hecho, legitimado por los tiempos de la guerra fría, pero desfasado en un nuevo contexto internacional ante el cual la respuesta del escritor, a pesar de la honestidad con que está formulada, es poco sustancial.

En el epílogo, “Pacto entre derrotados”, se confirma la vocación sermonaria de la obra, con un llamamiento a la responsabilidad personal, enfocado a los jóvenes, en un estilo que recuerda evidentemente al capítulo “Querido y remoto muchacho”, de *Abaddón el exterminador*. La necesidad de recuperar la nobleza de los espíritus utópicos es el argumento principal de este epílogo, en el que Sabato habla de la fe, que califica de demencial y milagrosa, y se muestra esperanzado por la capacidad de reacción de los jóvenes para resolver la crisis espiritual de nuestro tiempo. La esperanza sabatiana tiene la misma justifi-

ficación que ya encontramos en *Hombres y engranajes* o en *Sobre héroes y tumbas*: el misterio de la existencia incita a la fe y niega la desesperación.

Esa confianza existencial, sin embargo, se vuelve dramática en el capítulo sin duda más valioso de *Antes del fin*, titulado “El dolor rompe el tiempo”. Aquí encontramos una estructura más próxima a lo que podría ser un diario íntimo de la desolación del escritor tras la doble pérdida de su mujer Matilde Kusminsky, tras una larga enfermedad, y su hijo Jorge, fallecido en accidente de tráfico en 1995. El testimonio conmovedor de Sabato afirmando que su vida “parece ir acabando como *El túnel*, con ventanales y túneles paralelos, donde todo es infinitamente imposible” tiene el notable valor autobiográfico de un hombre que, según sus propias palabras, se deja alentar por el sentido cristiano del dolor. Sabato cuenta con valentía, por ejemplo, algunos problemas serios que afectaron a su matrimonio, pero, sobre todo, es en el recuerdo de su hijo donde el autor enseña las llagas de su alma: “puedo decir que el tiempo de mi vida se quebró, que después de la muerte de Jorge ya no soy el mismo, me he convertido en un ser extremadamente necesitado, que no para de buscar un indicio que muestre esa eternidad donde recuperar su abrazo” (p. 160).

A pesar de que los consejos y los recuerdos no le hayan servido para crear un testamento a la altura de toda su trayectoria anterior, la presencia constante de la idea de la muerte (la suya propia y la de su familia) obliga, como mínimo, a respetar la validez personal de este texto de Sabato, que corrobora el sentido de su espiritualismo cristiano, su atormentado deseo de afirmación de la vida por encima de las vacilaciones y del agnosticismo. Cuando el escritor habla de que el mundo va hacia el apocalipsis, el tremendismo sabatiano nos puede aburrir o decepcionar; más vale entonces que nos quedemos con aquellos momentos menos discutibles en los que habla del apocalipsis de su mundo personal y familiar, ese tipo de destrucción que tan detalladamente ha sabido describir en sus novelas.